

El amigo americano

El hombre de Obama
en España

James
Costos

& Santiago
Roncagliolo

DEBATE

El amigo americano

El hombre de Obama en España

JAMES COSTOS
Y SANTIAGO RONCAGLIOLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@debatelibros



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Le dedico este libro a mi familia.

Con un saludo a MSGs, Alyssa, Marc, Santiago, Al, Margaret, LES, Renaissance, CV, Mel, Hoops, Eric, Luis, Zach, SJL, Bob, Pete, Renegade, Miguel, SDD, Eugenia, VJ, Judith, MS, Joe y a todos a los que no puedo mencionar por motivos de seguridad... vosotros sabéis quienes sois.

Gracias, Apolo.

EL PRESIDENTE DIFERENTE

La llamada

—James, me acaban de preguntar si quiero decorar la Casa Blanca.

—Oh, por Dios. Cuelga el teléfono. Es una broma pesada.

—No, no. Creo que es en serio.

A finales de 2008, mi pareja, Michael, y yo estábamos de vacaciones en Jamaica. Por lo general, los dos padecíamos exceso de trabajo. Él se dedicaba al diseño de interiores en casas de grandes nombres del espectáculo estadounidense, desde Bruce Springsteen hasta Harrison Ford. Yo era vicepresidente ejecutivo global de Patentes, Marketing y Comunicaciones en HBO. El día de Acción de Gracias, los dos desaparecíamos del *show business* y alquilábamos una casa en la playa para relajarnos y desconectar.

Lo último que esperábamos era una llamada de trabajo y, menos aún, de las más altas esferas. Solo que, recientemente, las esferas habían cambiado un poco.

Estados Unidos tenía un nuevo presidente llamado Barack Obama. Después de la era Bush, caracterizada por la guerra y la crisis financiera, Obama inspiraba paz, prosperidad y fraternidad. Yo llevaba tiempo deseando un presidente que representase a unos Estados Unidos que quieren convivir con los demás, no pelear contra ellos. Además, el

primer afroamericano en el Despacho Oval también representaba lo mejor del país, de la nación donde cualquier persona, sin importar su raza, credo o ideas, puede llegar a ser presidente. Yo mismo formo parte de un colectivo tradicionalmente discriminado, los homosexuales, de modo que veía en él a alguien que podía hablar por mí.

Michael y yo habíamos votado por él, pero aparte de eso no sabíamos más sobre su persona que cualquier otro estadounidense lector de periódicos. Hasta el día de la llamada.

Al otro lado de la línea hablaba una amiga nuestra, Katherine, que estaba cenando en ese momento con una vecina suya: la nueva secretaria de Relaciones Públicas de la Casa Blanca, una amiga personal de Barack y Michelle Obama llamada Desirée Rogers. Desirée personificaba los cambios de la era Obama. No era una funcionaria, sino una empresaria graduada en la Harvard Business School que venía de dirigir una empresa de energía y que había estado activa tanto en el mundo empresarial como en el filantrópico. Y, sobre todo, era una orgullosa activista afrodescendiente.

Unos años antes, Desirée había llegado a abandonar el patronato del Museo de Arte Contemporáneo de Chicago junto con otros cuatro trabajadores representantes de minorías para denunciar su falta de diversidad racial. Y ahora acababa de convertirse en la primera afroamericana a cargo de la agenda social de una residencia presidencial construida por esclavos y cuyos ocupantes habían sido muchas veces dueños de esclavos.

En sintonía con ese cambio, Michelle Obama planeaba transformaciones ambiciosas: quería abrir la Casa Blanca a la gente, que la pudieran visitar artistas, estudiantes y trabajadores. Y, por cierto, también quería cambiar las pinturas y esculturas, cuyos autores eran tradicionalmente tan blancos como las paredes que decoraban. Dicen que en los últimos días de su mandato, el abatido Richard Nixon vagaba por los pasillos de la Casa Blanca hablando con los retratos —o quizá, con sus fantasmas— de los expresidentes. Si esos fantasmas seguían ahí, debieron de haber alzado una ceja al oír los planes de la primera dama.

Desirée era la persona encargada de materializar esa nueva estética y buscaba candidatos para acondicionar los interiores de la residencia. Así que, si Michael estaba interesado en el puesto (¿y quién no?), teníamos cuarenta y ocho horas para hacerle llegar al presidente una muestra de su trabajo.

—No hay problema —dijo Michael por teléfono, aunque yo seguía pensando que debía de ser una broma—. Acabo de publicar mi último libro de decoración. Está lleno de fotografías de las cosas que he hecho. Simplemente, compra un ejemplar en Barnes & Noble y entrégaselo a Desirée.

Al día siguiente, nuestra amiga Katherine volvió a llamar:

—¡El libro está agotado! No se consigue en ninguna parte. Y nos queda un día.

Al final, por suerte, la oficina de Michael consiguió un ejemplar quién sabe dónde y se lo hizo llegar a Desirée justo a tiempo. Ella se lo enseñó al futuro presidente y a la primera dama. Les gustó.

Cuarenta y ocho horas son un lapso brevísimo. Apenas lo que dura un fin de semana. O lo que puedes dejar una tarta fuera de la nevera sin que se reseque. Pero aquellas cuarenta y ocho horas hicieron que nuestra vida cambiase durante un tiempo mucho más largo.

Cuando regresamos a Los Ángeles, Desirée le pidió a Michael que se reuniera con los Obama. Lo invitaron a su casa de Chicago, donde aún vivían. Michael viajó hasta allí y mantuvo una primera reunión de dos horas con ellos, para descubrirlos en su propio entorno y, sobre todo, para comprender su estilo de vida.

Decorar la casa de una familia no solo requiere conocimientos de arte y arquitectura. También hay que entender la psicología de sus habitantes, su geografía íntima y sentimental. Michael es más que un interiorista; es una persona inteligente y sensible que absorbe todo lo que puede de sus clientes: sus gustos, sus intereses y sus expectativas. Él diseña hogares pensando siempre en ellos, en el paraíso privado que necesitan. Y aparte de decorar interiores, hace una especie de curaduría: busca obras de arte adecuadas para la manera de vivir de sus habitantes.

Los Obama eran gente educada. Sabían de pintura y tenían muy clara la estética que deseaban. Pero, sobre todo, pensaban mucho en sus hijas. Les preocupaba que ellas no se sintiesen cómodas en esa casa nueva tan particular. Michael los escuchó y les hizo algunas propuestas, personales y sobre la Casa Blanca. Él es un fanático de la historia, de modo que la idea de decorar nuestro edificio más emblemático le resultaba apasionante.

Su pasión debió de haber sido contagiosa, porque al día siguiente, ya de vuelta en casa, recibió una nueva llamada: había sido elegido.

Cuando un nuevo presidente llega al Despacho Oval, se enfrenta al reto de formar un equipo. Y quiero decir uno enorme: desde el ministro de Defensa hasta el director de la CIA. El mandatario cuenta con tanta gente a su alrededor y tiene tan poco tiempo para seleccionarlos —apenas un par de meses— que resulta fácil equivocarse. Afortunadamente, el presidente Obama venía de toda una vida dedicada al servicio público, de modo que tenía claro el mejor perfil para cada caso.

Años después, el siguiente Gobierno estadounidense mostraría por qué esa experiencia es tan sumamente importante: desde el principio de su mandato, Donald Trump ha dejado un ejemplo muy claro de lo mal que puede salir todo si no sabes escoger bien a tu equipo.

Para un puesto tan importante como el de director de Comunicación, Trump nombró a Michael Dubke. Dos meses después, Dubke renunció por inesperadas «razones personales». Entonces tomó el cargo Sean Spicer. Pero Spicer se llevaba fatal con la prensa, un problema insalvable si tu trabajo es... bueno, tratar con la prensa. Spicer se ponía agresivo. O hacía declaraciones desafortunadas que los medios aprovechaban para ridiculizarlo. Llegó a decir que «ni siquiera a Hitler se le ocurrió usar armas químicas», una falsedad indignante por el recuerdo de las cámaras de gas. A los seis meses de gobierno, Trump se sentía tan descontento que obligó a Spicer a dimitir y nombró en su lugar a Anthony Scaramucci, un asesor financiero.

Pero Scaramucci tenía tan poca idea del asunto que empezó a insultar al propio equipo de Gobierno. Llamó al jefe de Gabinete «jodido paranoico esquizofrénico». Del estratega jefe del equipo dijo: «Yo no intento mamármela como él». Al final, apenas duró diez días de portavoz y todo el episodio dejó a la Casa Blanca muy mal parada. Eso no parecía un Gobierno, sino una casa de locos. Y eso es lo que ocurre cuando no tienes idea de a quién contratas.

En cambio, para evitar sorpresas bochornosas, Barack Obama asumió una política muy estricta: cada persona en su esfera, cada miembro de su equipo, debía pasar controles muy rigurosos, primero del círculo presidencial y luego del FBI. Hasta al colaborador más insignificante se le exigía un pasado intachable, más allá de cualquier reproche que pudiese avergonzar a la institución presidencial y, por lo tanto, al país.

Michael dio su nombre, fecha de nacimiento, número de identificación y todos los datos necesarios. Los dos creíamos que se trataba de un trámite rutinario, nada de que preocuparse. Pero apenas un día después, Desirée llamó con voz muy seria y dijo:

—Michael, tenemos un problema: ha aparecido una infracción en tu historial.

Michael no podía entenderlo:

—¡No he tenido un problema legal en mi vida! ¡Nunca he hecho nada malo!

—Pues no sé qué decirte, porque, en realidad, son dos infracciones.

Todavía no sabían de qué se trataba exactamente, pero en todo caso existía la posibilidad de que pasar el historial

de Michael al FBI solo sirviese para meternos a todos en problemas. Él colgó el teléfono totalmente confuso y desconcertado. El maravilloso trabajo con el flamante presidente podía desvanecerse sin saber siquiera por qué. Pero entonces, de repente, se me iluminó la mente y creí saber de qué se trataba.

El verano anterior lo habíamos pasado en Laguna Beach. Y habíamos tenido una discusión en el coche. Fue por alguna tontería sin importancia, yo qué sé. El caso es que una cosa llevó a otra y, como suele ocurrir en estas situaciones, nos exaltamos un poco. Michael conducía y se saltó un stop.

Como es natural, la policía lo vio y nos multó. Pero, incluso después, seguimos discutiendo por la misma tontería, solo que más enfadados, y Michael volvió a saltarse otro stop. Y volvieron a multarnos. Esas eran las dos infracciones. Las dos en el mismo día. Estuvo mal, pero, por suerte, no te eliminan de un equipo presidencial por cosas así.

Los papeles de Michael pasaron el siguiente filtro y, efectivamente, las infracciones del historial de Michael eran esas. Nada de que preocuparse. Nada de delitos federales o comportamientos impropios.

Aun así, resulta angustioso saber que tu vida entera se encuentra bajo sospecha federal. Uno suele vivir para sí mismo, no para el FBI.

La noche de cuento de hadas

Una vez pasados los exámenes biográficos, no se extinguió del todo el estrés de trabajar para la Casa Blanca. Ahora, simplemente, los problemas eran otros.

Faltaba solo un mes y medio para que Obama se mudase, lo cual es poco tiempo de por sí para un proyecto de tal envergadura. Pero, además, si vas a decorar una casa, por lo general puedes visitarla antes y echar un vistazo a los espacios y los muebles. Tomas medidas, valoras la luz y te formas una idea del lugar y sus ocupantes. Eso es lo que se hace en una situación normal.

Ahora bien, la residencia del presidente de Estados Unidos es cualquier cosa menos un lugar normal. George Bush no iba a permitirle a Michael pasear por la casa antes de abandonar el cargo. De hecho, ni siquiera se lo dejaría al propio Obama. Y no por antipático. Esa es la tradición. El presidente saliente no va por la casa tropezando con las obras o los amigos de su sucesor. Simplemente, se marcha el 20 de enero y el siguiente mandatario entra a vivir ese mismo día. Los dos se encuentran en las escaleras, se hacen una foto del relevo que da la vuelta al mundo y solo a partir de ese momento el nuevo inquilino puede dormir en la casa (si ha tenido tiempo de meter una cama en ella).

En teoría, claro, Michael podía haber trabajado sobre plano. Pero tampoco iban a darle los planos. En los últimos

días de una Administración, el equipo del presidente está agobiado preparando la mudanza y nadie tiene tiempo de echar una mano. Menos aún si se trata del presidente del partido rival.

Por suerte, existe internet. Todos nos lanzamos a buscar información en nuestros ordenadores. Yo encontré la página whitehousehistory.org y el despacho de Michael buscó frenéticamente otros sitios web con fotos y detalles de las distintas salas. La Casa Blanca está considerada un museo, así que sus instalaciones no son especialmente confidenciales. No encontramos nada demasiado detallado, pero sí suficiente para que Michael se hiciese una idea. Lo más difícil, en realidad, era entender las dimensiones. Las fotos no permitían formarse una idea clara del tamaño de los salones y las habitaciones: la altura de los techos o la escala de las paredes eran cosas que había que calcular a grandes rasgos.

Y así llegamos al día crucial.

El 20 de enero de 2009, una limusina negra dejó a los Obama ante las escaleras de la Casa Blanca, donde fueron recibidos por el presidente George Bush y la primera dama, Laura Bush. La futura primera dama, Michelle Obama, lucía un vestido verde, llevaba un regalo en la mano y mostraba en su máximo esplendor ese talento tan suyo para que todo, incluso ese momento solemne, resultase absolutamente natural.

La campaña electoral había sido bronca, como todas las campañas, y Barack Obama se había mostrado siempre muy duro con el legado dejado por Bush. Aun así, ese pequeño saludo entre ambos presidentes simbolizaba la forta-